

La sed del polvo



Ricardo Venegas

Se terminó de imprimir
en la ciudad de Cuernavaca, Morelos,
México, en agosto de 2007.
La edición consta de 1,000 ejemplares



índice

Avaricia	4
Alba	5
Infusión	6
Farsa	7
Descendimientos	8
Claridad	9
Poyesis	10
Silbidos	11
I	12
II	13
III	14
IV	15
V	16
VI	17
VII	18
VIII	19
IX	20
X	21
XI	22
XII	23
XIII	24
XIV	25
Hojas dispersas	26
I	27
II	28
III	29
IV	30
V	31
VI	32
VII	33
VIII	34
Almario	35
I	36
II	37
III	38
IV	39
V	40
VI	41
VII	42
VIII	43
IX	44
X	45
índice	46

Este viento vagabundo lleva las alas entumidas

Rubén Darío

para Tania, Andrea y Ximena, con el favor del viento

IX

Se estrenan ciclos para no perder el juicio.

Se habla del vacío

cuando vivir es repetirse,

entonces ya no estamos

ni queda norte para gritar al viento

que funde otro destino.

Alba

Palpita desde el eco

de mis presentimientos.

He despertado

mi propio corazón.

VII

Debajo de mi cama
hay una puerta hundida,
una carta inconclusa
y un grillo de la guarda,
en el papel del vértigo
los dos sabemos algo:
en el resquicio de la noche
la escritura vaga.

Farsa

Quiero decir a media calle
que todo es una farsa,
que debemos hablarnos
como si siempre,
siempre,
nos hubiéramos amado.

V

Entre cantos de pájaros
alzan un jardín del alba
los párpados celestes.

Grillos en retirada
hacia el acantilado que nadie cruza vivo,
el aire cobra espuma
en la palabra
eco,
cambio mi nombre
a cambio del reposo,
por la erosión de espejos en mi cara.

Cascabel en el templo
de la sangre,
resuena la campana
suspendida en un rezo.

Claridad

Del suelo encendido
podría despertar el polvo,
mil muertos insepultos gritarían.

Sin Dios y sin sedantes
algo falta.

Es mucha vuelta
para decir
humildemente
necesito amor.

III

Escucha

lluvia.

Queda el eco

de truenos,

un solo parpadeo del rayo,

una canción de vaho

sobre piedras lunares.

Lo dice el hambre,

la sed y el deterioro

del polvo más amado,

el polvo humano

que recuerda y ronda

la gloria que se olvida.

Silbidos

I

¿Por qué no baja Dios
y nos abraza?

II

Miro las tumbas para recordar
a mucha gente que nunca conocí.
Paso a los cementerios a buscar a mi hermano
y le pregunto a un desconocido
¿a dónde fue?,
y aunque ya nadie lo sabrá
pongo mis flores
en una tarde de polvo y de paseo.

VIII

A media calle pasó un arriero entregado a los vientos
pasó sereno con la sonrisa de mi hermano,
pasó en una carreta doblegado por un destino
mirando hacia adelante y embriagado.

IV

También el aire da vuelta
en las esquinas
y dando tumbos de borracho
se pasa un alto, levanta faldas y acaricia mejillas,
hace promesas al oído de las niñas,
se esconde en las cocinas
y huele a pan en el festejo
de alguna novia que soñó su boda
en una nube rosa
sin testigos.

VI

Dormidos escucharon una voz
los que no duermen:
«el que despierta entra en sueños».

VI

Somos muchos
gritó el demonio de la legión,
mientras el hijo del dios impronunciable
los miraba regurgitar el lodo de su ansiedad,
somos muchos, clamaron,
y Éste caminó sobre las aguas
del mar donde se rompen los espejos,
somos la prueba de ácido y el fuego nos levanta,
dijo,
mientras caían al precipicio de los ojos del alma.

IV

Acompañé a mi padre a buscar al abuelo
y encontramos tan sólo
una foto blanquecina en el desierto,
recorrimos el páramo del cementerio
donde nada se oye,
donde toda grandeza acaba siendo polvo
y donde siendo polvo se eterniza.

VIII

Algunas veces se escuchaba
el sueño de la bruja golpeando
con su trapo mojado la piedra del conjuro

*para levantar el viento en el nombre del diablo
no calmará hasta que yo quiera*

voces perdidas en las calles,
vendíamos regalos descompuestos
para niños sonámbulos,
juegos del aire que regresa
en palabras de entonces a la incurable infancia.

II

Tiene que haber una manera
de escribir sin dejar tantos escombros,
tiene que haber una manera:

X

A destiempo has venido
a intimidar las puertas de mi casa,
a tirarme la ropa del tendedero,
a remover los árboles,
a marchitar las plantas con tu aliento,
a levantar las piedras coléricas de asfixia,
a esparcir el incienso de mi casa
montaraz aprendiz de la borrasca.

Hojas dispersas

XII

No escucho lo que cuenta el viento
que toca la ventana.

Alguien en mí se asoma
para reconocer el viaje
que arruinó mi vida:

Hice reír a Dios
diciéndole mis planes.

XIII

Embriaguez del que baila,
las viejas se pelean a media calle
con las medias deshechas,
estoy mirando medio mundo en la infancia.
Entro y salgo de la película
como queriendo armar
mi gran rompecabezas de fecha intemporal.

XIV

Atrás lo que podría recordar
en una aparición de escenas
donde las soledades se reunieron,
atrás es vida eterna para mis muertos,
los más amados en el viento
y en la congregación de los venenos.
A esta cita del presente he asistido
con la puntualidad de un marcapasos
y no hay mirada vasta que precise
por qué sigo creyendo que somos
los que estamos vivos.

XI

¿Cantar o decantar este transcurso
que borra líneas de la mano
y ornamentos del orbe?,
el mismo que levanta monumentos de grandeza
olvidada en los que duermen el sueño eterno,
el respirar que abre las puertas de los templos
a todos los insomnes.

I

Crece en verano la tolvanera
como quien busca identidad en los escombros
que dan la vuelta al mundo.

IX

Queda el ondear
de sílabas perdidas en la lluvia,
el cuerpo viejo que se despide
como fruto caído
del árbol más vital.
Contemplo al que se va
con esa necesidad de quien arregla el mundo
antes de no volver,
antes de irse
a donde ya no importa
de qué tiempo venimos,
a donde ya no importa
ni tu nombre ni el mío.

III

Nos quedamos varados bajo el árbol
y sentimos un aire de distancia,
descanso acompañado sin saberlo
y es la primera vez que veo al viento.

VII

Atrás de mí viene el que escribe,
pero otro se adelanta
con la primera frase,
alguien con la costumbre de interrumpir
reprende a su adversario
mientras el vagabundo en mí le dice al educado
que se calle y le dice un conjuro
que lo deja sin habla,
caigo al abismo del nómada
y dejo de pelear conmigo mismo
para seguir en la batalla.

V

Señor de nuestras causas:
Escucho tus canciones
y se me cae la más cara hipocresía
porque el amor me alcanza
como una mano diestra
y parece otro día la mitad del día
y alcanzo a recordar que me buscaste
sin esperar que yo te amara
hasta el más hondo lugar de la barranca,
hasta el lúgubre mar de los sin nombre,
donde sólo regresan
los que han tocado el fondo de la nada.

V

¿Quién hallará sentido al viaje?

Abro mis manos
y escurre el viento
hacia otro instante.

¿Qué tienes en las manos
que no sea fugitivo?

VII

Repito de memoria una ristra de verbos
de lo que creo amor
y una insolente corrección del verbo amar.
Amé sin esperar la recompensa
y enloquecí mi corazón como los hombres del alba
y vi la ondulación que forma el aire
cuando se va lo que se ama.

III

Voz encendida por raíces,
voz del profeta que bautiza
como un anciano cuidándose del sol
con una túnica de arena.

Almario

I

Ya estuve en esta tierra
y como a ti me duele el caminar
que llevo como polvo
disuelto entre mis huesos,
este seguir aunque los vientos
que se esconden silben trampas de azar
y quede poco del que fui,
y quede mudo de no poder hablar
con el idioma de un recuerdo.

II

*Desde el pasado de los ojos
los videntes cantan.*

La pureza conquista los oídos
de la luz más bella,
doblan campanas
como una pausa en la guerra.

Luzbel es el autor
de la primera envidia,
el ángel luminoso,
el más turbio milagro de la luz...

P o y e s i s

Te escucho
como al aire
en carreteras sin fin,
eres mi fe
desnuda de sentido.

I V

Piedra,
piedra que fue rodada por la tarde,
llegaba al mineral donde se curvan
velocidad y astucia,
cuerpos de niños
cayendo hacia las calles
donde mirar es extraviarse,
corren los años
en el baldío del parque.
Quedaron ruinas del amor
en un abrazo de ceniza.

Descendimientos

Ven a escuchar,
está cantando el humo
de lo que ya se ha ido.

VI

Voz de esqueleto que zumba
en la pradera
donde la tierra hiende
su máscara de arriero,
lenguas de niebla grabadas
en la hiedra,
polvo del polvo que regresa
a la humildad del suelo,
serranías de lluvia
en el ojo entreabierto
del gran sonámbulo
sin tiempo,
sentencia de las hojas para el árbol
que escucha desprenderse
una a una
las vidas somnolientas
de su tallo.

Infusión

Escancias vino de tu boca en mí
aunque sabes a fuego,
vierte la llama,
déjame arder en tu secreto.

VIII

Encuentro la escritura
en el vértigo del caracol,
alguna turbulencia
entre las aguas para ir
a la mitad del nombre,
escucho estos asombros y dudo mi existencia
porque hubo clamor por las estrellas
en las noches primeras del origen.

Avaricia

He visto a los poetas
guardar materias intangibles,
celosos de sus verbos
los entierran,
guardan hasta el final
el último fragmento
del poema.

En su lápida dice:
Copy right.

X

También se llaman
Azarosos los que
No viven el tiempo del reloj
Izando el cuerpo del habla
Al vapor de una rosa.

Ilustración de portada: Carlos Campos Campos

© de los poemas de Ricardo Venegas
© del dibujo de portada Carlos Campos Campos
Cuidado de la Edición: Tania Jasso Blancas
Primera Edición: 2007
Ediciones *Eternos Malabares*
Colección *Mester de Junglaría*
Cuernavaca, Morelos, México